

ción participe al hombre del mecanismo de la naturaleza: aquel aire de otoño en las montañas, que conservan como estufas caldeadas por el calor del sol hasta la proximidad de las montañas; aquellas excursiones lejanas á los castillos ó á los mundos al suyo? ¿Quién sabe si en su silencio de los lomos de los mulos, parecido al de las majestuosas, poblada con él solo, ha querido que le llevaban todavía cubierta de espuma, eleve y baje incesantemente ese vivo murmullo que mañana y tarde, en copas de haya talladas por los puntos de lo infinito, desde él á los séres vivos, y más que nada aquella exaltación dulcísima, abraza y ama, y de todos esos séres vivos aquel delirio apacible, aquel vértigo continuo de En todos los casos la oración es el privilegio que le da á quien un primer amor levanta de la tierra al hombre, puesto que es el que le da alas y pasea de pensamientos en pensamientos, de ensueños en ensueños, á través del cielo, en una perpétua expansión del corazón le rogaríamos, porque si su grandeza no se agotara en todo esto contribuía visiblemente á restablecer nuestra salud. De uno á otro día se la veía rejuvenecer, nuestras oraciones.

Comprendí que mis razonamientos le entendían si fuese una convalecencia del alma que se le iba sin convencerla, y que su alma, algo secada por haber comunicado á sus facciones. Su rostro, algo marchito, no había abierto aún sus manantiales de un principio alrededor de sus ojos por esas lágrimas opacas ó azules, semejantes á las huellas de la religión, después de haber enternecido su corazón impresas los dedos de la muerte, recobrando las delicias y las angustias de la pasión debían ser plenitud de mejillas, el calor de sangre, la brotar muy pronto en aquella alma la adoradora de tez, el vello algodonoso de una joven la oración, estos dos perfumes del espíritu que hubiese caminado mucho sobre la montaña en abrasa y languidece, el uno lleno de embriaguez de las primeras heladas brisas de las lagunas huélase el otro de lágrimas, pero ambos divinos. Yo me azotado su mejilla: sus párpados habían perdido mucho al ver la más bella creación de la divinidad pesadez, sus ojos, su sombra, sus labios, sus miradas. Sus miradas nadaban en una perpétua niebla sorda y muda ante mis pobres razonamientos. Sus miradas del alma; vapor de un corazón ardiendo. Yo me acordaba de la existencia de Dios; y hubiera deseado convencer también á mi amante compañera.

XLVII

Entre tanto la dicha, la soledad de ambos se iba haciendo más perfecta. El doctor médico y su familia se admiraban del progreso de ella hacia en mí todos los días de algún abismo que se iba descubriendo. Este cambio operado en veinticuatro horas en su pensamiento en armonía con los misterios de la vida y del deslumbramiento de juventud y vida abundía su mirada.

La felicidad parecía en efecto irradiar en rededor suyo una atmósfera en que esa vuelta y en la que envolvía á los que la Esa irradiación de la belleza, esa atmósfera no son enteramente como se cree, imágen- ta. El poeta no hace más que ver mejor escapa á las miradas distraídas ó ciegas de los hombres. Se ha dicho mil veces de una ven que ilumina las tinieblas en la noche podía decirse que calentaba el aire á su Yo caminaba y vivía envuelto en aquella emanación de su belleza renaciente: los sentían cuando pasaba á su lado.

XLVIII

Al volver á mi cuarto, durante los cortos en que me veía precisado á separarme de ella tía aun cuando fuese á la mitad del día, calabozo, sin aire y sin luz. El sol mismo llante que estuviese, no me alumbraba, á lo reflejase ella en mis ojos. Cuando más la más la admiraba y menos podía creer que criatura de la misma especie que yo. La de su amor había concluído por llegar á de mi imaginación. Con la imaginación me de rodillas ante aquel sér demasiado tierno un Dios, demasiado divino para ser una cáble nombres, y no los encontraba. Al nombre, la llamaba en mi mismo misterio, butaba bajo ese nombre vago é indefinido que participaba de terreno por la ternura sueño por el entusiasmo, de la realidad presencia, y del cielo por la adoración.

Julia concluyó por obligarme á confesar bía escrito versos algunas veces. Por lo parecía amar poco esa forma artificial y del lenguaje que altera, cuando no lo sencillez del sentimiento y de la impresión.

Ella era demasiado súbita, demasiado profunda para prestarse á esas formalidades esos giros y á esas lentitudes de la poesía es- sencilla como la primer palabra, medita- como la noche, luminosa como el día, rápida inmensa como la extensión. Su era una escala infinita que ninguna prosodia bastado á sujetar á compás. Hasta su misma un canto perpétuo, con el cual no podía ninguna armonía de versos. Ella era para poema vivo de la naturaleza. Mis sentimientos en su corazón, mis imágenes en sus mira- mi melodía en su voz. Además que la poesía tamente materialista y sonora de fines del si- y del imperio, de la que tenía los principa- volúmenes en su cuarto, tales como *Delille* y nes, no había sido hecha para nosotros. Su que había sido mecida por las olas melodiosas trópicos, era un foco de dolor, de ensueño y que todas las voces del aire y de las aguas brian bastado á exhalar. A veces probaba á delante de mí aquellos libros y admirarlos bajo de su reputación; pero lo desechara con un de impaciencia, y quedaban sordos en sus ma- como cuerdas rotas, cuyo sonido se busca en pulsando el teclado. La nota de su corazón sólo en el mío; pero nunca pudo salir de él. versos que ella debía inspirarme sólo debían sobre su tumba. Jamás supo á quien amaba de morir, pues yo era para ella su hermano. le habría importado que fuese yo un poeta todo el mundo, en su amor no había nada de que mi mismo sér.

XLIX

La sola vez le revelé involuntariamente un débil poesía que ella estaba lejos de sospechar ó

desear de mí. Mi amigo Luis *** había venido algunos días en nuestra compañía. Doce de la noche estuvimos ocupados en leer, conversando íntimamente y soñando en tristezas ó sonrisas; admirábamos aquellos misteriosos destinos desconocidos poco tiempo antes, y recogidos ahora é identificados bajo el mismo techo, al rincón del mismo hogar, á los pies de las mismas tempestades de otoño, en la casita de las montañas de Saboya. Tratábamos de averiguar por qué caminos de la Providencia la casualidad aquellos mismos vientos de la vida dispersarían ó nos reunirían de nuevo. Nos ojeábamos hacia el horizonte de nuestras vidas, que habían concluído por entristecernos. Permanecimos mudos delante de la mesita de té, sobre la que estábamos apoyados. Al fin Luis, que era poco hábil para susurrar una nota de melancolía en el oído de una mujer, quiso escribirla. Dióla ella un lápiz y papel, y escribió sobre el mármol de la chimenea algunas estrofas sencillas, pero lastimeras todas, é impregnadas de lágrimas. A semejanza de las estrofas tñebres de *Gilberto*. A semejanza de *Gilberto* y habría escrito seguramente estrofas, que vivirán tanto como el gemido en la lengua de los hombres.

Au banquet de la vie, infortuné convive,
S'apparut un jour; et je meurs,
Je meurs, et sus ma tombe, où lentement j'arrive,
Nul ne viendra verser des pleurs, etc.

—
En el banquete de la vida
Desdichado convidado,
Aparezco un día, y muero;
Muero, y sobre mi tumba;
A la que lentamente me acerco.
Nadie vendrá á derramar una lágrima,

Los versos de Luis me enternecieron; tomé el lápiz de su mano, y alejándome por un momento del interior de la habitación, escribí á mi vez los primeros versos que morirán conmigo sin haber sido precedidos por los primeros versos que hayan salido de mi

de mi imaginación. Los leí sin atreverme á leerlos, y miré los ojos hacia aquella á quien iban dirigidos. Los versos hélos aquí... pero no; quiero borrarlos, porque todo mi genio estaba en mi amor, y desapareció con él.

Al concluir la lectura de esos versos, vi en el rostro de Julia, iluminado por el reflejo de la luz, una expresión de admiración tan tierna, y de belleza tan humana, que me quedé tan incierto, como mis amigos lo decían, entre el ángel y la mujer, entre la reverencia y la prosternación. Este último sentimiento que triunfó al fin á la vez en mi alma, y en la de mi amigo. Caímos de rodillas delante de su cano rostro, y besamos el extremo del chal negro que envolvía sus pies. Aquellos versos no le parecieron más que una emanación instantánea y aislada del sentimiento que experimentaba hacia ella: los elogió; pero no volvió á hablarme más de ellos. Gustábanle las conversaciones naturales, y hasta nuestros discursos meditabundos, al lado uno de otro, que los juegos del entendimiento que profanan el alma no le gustan. Bien que no la expresan. Algunos días después, Luis me abandonó.

L

La consecuencia de estos primeros versos míos, que forman la estrofa del himno continuo de mi corazón, me vino á la memoria como si la compusiese una oda que dirigiría como un tributo de admiración, y como un ensayo de mi adhesión á uno de los hombres de su sociedad de mi tiempo, á quien profesaba más respeto y adhesión. Era un hombre de nombre Bonald. Nada conocía yo de él más que su nombre, y la aureola de legislador filósofo y cristiano, que justamente estaba rodeado entonces. Fíjame en él como si tomaba de los rayos de otro Sinaí la luz divina que inundaba á las leyes humanas. Escribí los primeros versos en una noche, y á la mañana siguiente la leí,

bajo un castaño del monte, á aquella que había inspirado. Hizome que se la leyerá tres por la noche la copió con su mano ligera. Sus letras se deslizaban como la sombra de las alas de sus pensamientos sobre el papel blanco de la rapidez, elegancia y limpieza del vuelo de los cisnes en los aires. Al otro día la envié á París, y me respondió cosas de buen agüero sobre mi talento. Tal fué el origen de mis relaciones con este hombre excelente, cuyo carácter siempre me admiré después, sin participar jamás de sus simpatías teocráticas. Mi adhesión á sus símbolos yo ignoraba, no había sido más que una consecuencia al amor, y después habría sido un homenaje á la virtud; pero M. de Bonald era, como M. de Bonald, uno de esos profetas de lo pasado, uno de esos cianos de ideas, á quienes se saluda con veneración. Sentados en el umbral del porvenir, no quieren entrar en él, pero se detienen un instante para contemplar los bellos gemidos de las cosas que mueren en el mundo humano.

LI

El otoño había desaparecido: era un dulce momento, todavía claro y tibio por momentos y el sol dejaba verse á intervalos entre las nubes. Otros nos hacíamos la ilusión, y nos decíamos que era otoño, tanto horror teníamos á reconocer el invierno que iba á separarnos! Muchas mañanas la nieve en ligeros copos blancos sobre las flores de Bengala y siempre vivas del jardín, como el plumón de los cisnes, mudado por la noche en los cielos, por donde los veíamos atravesar. La nieve retía el sol esa nieve, y muchas veces pasábamos horas deliciosas en el lago. La respiración de las aguas entibiaban, reflejándonos los rayos del año; aún tenían sus anchuras las higueras que penden de las rocas expuestas

sobre las olas; y las reverberaciones del agua contra estas rocas les daban todavía los colores, los esplendores y calores de las tardes del otoño. Evidentemente que estas horas eran rápidas como la carrera de los remos que nos paseaban, contra los escollos que forman, al mediodía, la costa del lago. La luz del sol en la copa de los pinos, el verde, los pájaros de invierno más ricamente pintados, más inquietos y más familiares que los de la primavera, la abundancia y la espuma serpeante de las cascadas, extendiéndose sobre las praderas, y viniendo á encontrarse en las ramblas donde caían con murmullos sonoros desde lo alto las rocas peladas y negras en el lago; el ruido silencioso de los remos, sus surcos plañideros que parecen proferir como una voz amiga oculta bajo las ondas, gemidos misteriosos sobre nosotros, acompañándonos con sus penas; y, en fin, el bien sobrenatural que experimentamos en aquella cámara luminosa y caliente, uno al lado del otro, en los bosques de la tierra por aquellos abismos de agua, inundaban por instantes con tal sentimiento de plenitud de ser, de tal plenitud de alegría interior, de tal desbordamiento de paz en el amor, que hubiéramos desafiado al cielo mismo á que nos diese algo más. Pero esta felicidad estaba mezclada con el sentimiento que nos producía su próxima desaparición; cada golpe de los remos resonaba en nuestros corazones como un paso del día que nos llevaba á la separación. ¿Quién sabe si mañana esas hojas que tiemblan habrán caído en el agua? ¿Dónde el musgo, donde podríamos sentarnos aún, esa capa cubierta con una capa espesa de nieve? ¿Si esos escollos espléndidos, si ese cielo azul, esas ondas blancas, serán envueltas por las brumas de la noche? ¿Quién sabe si mañana en un océano de pálidas y sombrías aguas? Estos pensamientos se escapaba de nuestros pechos como un prolongado suspiro, á los dos al mismo tiempo, sin osar comunicárnoslos, por miedo de traer la desgracia al nombrarlos. ¡Oh! ¡Quién

no ha tenido en su vida de esas felicidades tan raras y tan efímeras, donde la vida se concentra en una hora que se quisiera hacer eterna, y que se quiere huir minuto á minuto oyendo resonar en las montañas, mirando el minuterero que devora el espacio, escuchando el rumor de la proa que deja atrás, y que nos acerca á la orilla, donde seremos recibidos por la dura y helada de la realidad!

LII

Un día, después de comer, nos mecíamos tranquilamente en el batel, en una ensenada tibia y silenciosa, formada entre dos brazos del monte que al lejano rumor de una pequeña cascada, que como un himno perpétuo bajo las grutas por las montañas filtra antes de perderse en el abismo de las montañas quisieron nuestros bateleros bajar á tierra para contemplar las redes que habían echado la víspera para pescar. Manecimos solos en la barca mal amarrada al brazo de higuera que se rompió con el movimiento de las olas y fuimos arrastrados sin advertirlo, avanzando al medio de la ensenada, á trescientos metros de las rocas perpendiculares, entre las cuales se abría una encerrada. Las aguas del lago tenían en este punto un color bronceado; esa semejanza al metal fundido, esa pesada inmovilidad que les da siempre la vida de las altas peñas tajadas, y la vecindad de las montañas cortadas á pico, y que anuncian la inconmensurable profundidad de las olas en un lecho difícil de imaginar. Yo podía tomar los remos y acercarnos á la orilla; pero este aislamiento de toda naturaleza nos causaba un estremecimiento delicioso. Hacia el mar querido perdernos así, no en un mar que nos rodea, sino en un firmamento que no las tiene encima. Ya no oíamos las voces de los marineros, ya no percibíamos el ruido lejano é intermitente de los bateleros, cada una, algunas brisas que atravesaban de vez en cuando la

inmóvil atmósfera cargada de los gemidos haridos de los pinos, y los suaves y los sordos ruidos de las olas contra los costados de la barca, á veces solo hacia ondular ligeramente el movimiento de nuestras respiraciones.

El sol y la sombra de la montaña dividían por mitades iguales nuestra barca; la proa el sol, la popa la sombra. Yo estaba sentado á los pies de Julia en el fondo de la lancha, como el primer día que la conocí en la cabaña de Haute-Combe. Complacíanos recordar en la memoria y por todas las circunstancias ese día, esa era misteriosa é íntima en que para nosotros comenzaba el mundo, porque ese día era la fecha de nuestro encuentro y de nuestro amor. Ella estaba medio acostada sobre el banco, con un brazo apoyado sobre el agua, el otro apoyado en mi hombro, jugando con un bucle de sus largos cabellos: ella inclinada la cabeza hacia atrás, para que sus ojos no viesen de todo el horizonte más que el firmamento y su figura, destacándose sobre el azul del cielo. Su rostro estaba inclinado sobre el mío para contemplar su sol sobre mi frente y su sombra en mis ojos. Una expresión de ventura tranquila y profunda, inefable, irradiaba de todas sus facciones, daba á su semblante un esplendor y una transparencia de alma digna de aquel cuadro del cielo en que ella la miraba adorándola. De repente la vi palidecer, retirar sus dos brazos, incorporarse como si se hubiera saltada en su asiento, llevarse las manos á sus ojos, sepultar en ellas un instante su rostro, reflexivamente, retirar luego las manos bañadas de algunas lágrimas, y exclamar con acento de resolución y tranquilidad:—«¡Oh, es preciso morir!..» Después de esta palabra permaneció un instante en silencio, y luego repuso:—«Oh, si, muramos, que la tierra nada tiene que darnos ya, ni el cielo que nos promete!» En seguida miró algún tiempo el cielo, las montañas, el lago, las olas transparentes y medio luminosas bajo la sombra del batel.—«¡Oh, me dijo (esta era la primera vez, y fué también la última que se sirvió al hablarme en esa for-

ma de lenguaje, solemne ó familiar, según me rija á Dios ó los hombres); ves como todo parado para un arrobamiento divino de estas vidas! Mira ese sol del más bello de nuestros días que se pone para no levantarse mañana quizas esas montañas, que se contemplan por última vez en este lago, como extienden hasta nosotros sus plias sombras, para decirnos: «Sepultaos en el polvo que os tiendo»; mira esas olas puras, limpias y profundas, mudas, que nos preparan una arena donde nadie llegará á despertarnos para siempre: «¡Partamos!» Ningún ojo humano nos verá mañana á encerrar el misterio que nos rodea. Ni un día de esas olas denunciará á los curiosos que se agolpan indiferentes el lugar en que dos cuerpos se sumergieron abrazándose bajo las hondas, desde donde dos almas habrán subido reunidas al eterno día. Ningún ruido quedará de nosotros sobre la arena más que el pliegue de la ola que se cerrará sobre nosotros!., ¡Oh; muramos en esta embriaguez de alma y de la naturaleza, que sólo nos hará sentir la muerte su voluptuosidad! ¡Más tarde que llegué á morir, y tal vez moriremos menos felices! Yo, que algunos años más que tu, y esta diferencia, que hoy, crecerá con el tiempo. Los pocos años que te han seducido en mi rostro se marchitarán sólo quedará en tus ojos el recuerdo y la sorpresa de un entusiasmo desvanecido. Además, yo sólo soy un alma para tí... tu sentirás la necesidad de ser un alma para mí... y yo moriré de celos si tu la encuentras en otra mujer... Yo moriré de dolor si te veo en otro lago!

91

RAFAEL

que las dos veces que yo oía, la una fuera, la otra dentro, me decían las mismas palabras, como si de estos dos lenguajes no fuera más que el eco de la traducción del otro. ¡Yo olvidé el universo, y respondí: — «¡Muramos! Si».

... ..

¡Dije ocho veces alrededor de su cuerpo y del estrechamente unidos como en un sudario, las manos de la red de los pescadores que se encontraron en el batel, y la levanté en mis brazos. ¡Había conservado libres, para precipitarla con un esfuerzo con mis pies para sumergirnos para siempre juntos, sentí caer su pálida cabeza, como el peso de una cosa muerta, sobre mi hombro, y su cuerpo vacilar sobre sus rodillas. El exceso de emoción, la felicidad de morir juntos, se habían adelantado á la muerte misma: se había desmayado en mis brazos. La idea de abusar de su desmayo para arrastrarla conmigo, sin saberlo ella, tal vez á pesar de ella, me acometió con repentino horror, y me agolgué bajo su peso en el fondo de la barca. Apremiéme entonces á desatar las cuerdas que nos oprimían, y acostándola sobre el banco, sacudí con mis manos, mojadas en el lago, gotas de agua sobre su frente y sus labios. No sé cuanto tiempo permanecemos así sin sentimiento, sin color, y sin voz. ¡Cuando advertí que habría los ojos de nuevo volví á la vida, la noche cerraba, y el rodar de las olas nos había arrastrado al medio del lago!

«Dios no lo ha permitido, le dije: vivimos; lo que nos parecía un derecho de nuestro amor, ¿no es un doble crimen? ¿No hay nadie á quien pertenezcamos sobre la tierra?...»

«Nadie tampoco en el mundo?» añadió mostrándole respetuosamente con la misma fuerza, lo que su boca me decía al cielo y el ademán el firmamento, como si hubiera visto en él el juez y el señor de los destinos.— «No hablémos más de eso, me dijo ella rápidamente, en voz baja; ¡no hablémos más, nuncal! ¡Habéis

querido que viva, viviré; mi crimen no era sino arrastraros conmigo á la tumba! Había una amargura, y como un tierno cargo en su mirada.—¿El mismo cielo, le dije, respecto á sus pensamientos, tiene horas como estas á sus pensamientos? La vida las tiene, acabamos de pasar juntos? Pronto volvió á mirarla, y conduje lentamente el batel hacia la pequeña playa de arena. Allí oí la voz de los bateleros que habían encendido una hoguera, bajo la mirada de una roca. Atravesamos el lago medio y entramos silenciosos en la casa.

LIII

Quando por la noche entré en su aposento, encontré anegada en llanto delante de su mesa, una taza de té.—«Mejor habríamos hecho en morir una vez, pues ya va á comenzar para mí la pequeña muerte de la separación.» dijo señalando con el dedo las cartas que tenían el sello de Ginebra y de París.

Su marido le escribía que comenzaba á inquietarse por su larga ausencia en una estación que se hacía cada vez más cruda de un día á otro; que él mismo se debilitaba de mes en mes, y que deseaba abrazarla y bendecirla antes de morir. Sus tristes instancias acompañadas de ternuras completamente paternales, y de alusiones al hermoso y joven hermanito que le hacía olvidar demasiado las amistades de Ginebra. La otra carta era del médico de Ginebra, que debía llegar en busca suya para conducirla á París. Decíale que se veía obligado á marchar inmediatamente para prestar sus auxilios á un príncipe de Alemania, que reclamaba todos sus cuidados, y que le enviaba en su lugar á un hombre fuerte y seguro que la acompañaría á París, el

serviría de ayuda de cámara y de correo durante el camino. Este hombre había llegado, y la marcha estaba decidida para de allí á dos días. Recibí semejantes noticias, aunque presentadas siempre, me hirieron como si nunca hubieran debido llegar. Nos sentamos casi la mitad de la noche en silencio; los brazos secos, apoyados de codos en la mesa, no osando mirarnos ni mirarnos por miedo de prorrumpir en llanto, y sólo interrumpiendo esta larga agonía de nuestros pensamientos por algunas palabras incoherentes y distraídas, pronunciadas con voz sorda, palabras que resonaban en el aposento como gotas de lágrimas sobre un ataúd. Yo también me quedé marchar al momento.

LIV

El siguiente día fué la víspera de nuestra separación, día que, como para apesadumbrarnos más, se hizo más espléndido y templado que las más serenas tardes del mes de Octubre. Mientras que hacían los equipajes y cargaban el equipaje, salimos nosotros con las mujeres y los guías, y fuimos al valle y á la montaña á darles nuestro último adiós, y á hacer como las estaciones de nuestro camino en todos los sitios en que primeramente nos habíamos visto, luego encontrado, después separado, y más tarde conversado y amado, durante el largo y dulce consorcio de aquella naturaleza solitaria y encantadora, que se alza como un prado de flores entre el valle de Aix y los lagos: sus laderas cortadas á pico sobre las aguas, están pobladas de castaños sicilianos, cuyos brazos extendidos sobre el abismo recortan el cielo ó los pedazos azules del cielo según que se mire, de arriba ó de abajo. Sobre las raíces aterciopeladas de musgo de estos hermosos bosques, que ven pasar á los hombres y á las mujeres como hormigas, era donde habían transcurrido

los sueños de nuestra fantasía en las horas de templación. Desde allí bajamos por una rápida hasta un pequeño castillo solitario, llama *Buen Puerto*. Este torreón está de sepultado por la parte de tierra entre los Tresserves, y por la parte del lago entre los profundos de una ensenada, que apenas ya sea marchando sobre la colina, ya por la pequeña mar de Bourget. Un terrado de algunas higueras, separa el castillo de arena fina donde continuamente vienen espumar y gemir las azuladas lenguas de ¡Oh! ¡Cuánto envidiamos á los dichosos de este nido ignorado de los hombres, las ramas de los árboles y las aguas, y solnocido de los pájaros del lago, del viento día y del sol! ¡Bendijámosle mil veces en y le deseamos cobijase siempre corazones nuestros!

LV

Ascendimos desde *Buen Puerto*, volviendotremidad de la colina de Tresserves, al norte las altas montañas que dominan el valle de bery, en Génova, y volvimos á ver los cabañas sepultadas bajo los nogales, y las vestidas de césped donde murgian las tiernarillas, cuyos cencerros advierten desde lejopastores que duermen la siesta ocultos en El viento glacial del invierno había quemadopuntas de las yerbas, y nos recordamos deliciosas que allí habíamos pasado, las ilust separación del mundo que allí nos habíamos y los suspiros que allí habíamos confiado á tos y á los rayos de las montañas para llevar Recordamos todas aquellas horas de paz y de paz desaparecidas, todas las palabras, sueños, todas las miradas y todas las aspira

se despoja una casa, cuando se la deja, de todo precioso que para nosotros tiene. Mentalmente sepultamos todos estos tesoros, todos estos todos, todas esperanzas en las paredes de madera aquellas reducidas chozas cerradas hasta la vera, como en un depósito de nuestras almas, encontrarlas intactas á la vuelta, si es que alguna volvíamos.

LVI

Ascendimos hasta el espumante lecho de una donde han levantado un pequeño monofúnebre á una mujer joven y hermosa, mada de Broc. Allí cayó esta víctima, hace algunos con arrastrada por un torbellino de las aguas á lo undo de una gruta, cuya espuma hizo aparecer tiempo después su blanca túnica, haciendo entrar el cuerpo de este modo. Muchas veces en los amantes á sentarse delante de esta tumba da, y sus corazones se oprimen, y sus brazos cercan pensando que su frágil felicidad depende en paso dado en falso sobre las resbaladizas pie-

Desde esta cascada, que ha tomado el nombre de *de Broc*, marchamos en silencio hacia el que se domina en toda su extensión desde el castillo de *Saint-Innocent*, donde nos apea- nuestras mulas, bajo un alto bosque de en- y de brezos, solitario entonces: después un rico El viento de las Indias, ha construído una her- casa de campo y plantado jardines en su recin- dejamos pacer por el bosque á nuestras mulas enadas, bajo la vigilancia de los niños que nos lucían, y nos adelantamos solos, de árbol en hasta la extremidad de aquella lengua de tie- donde vimos brillar el lago y oímos estreme- sus aguas.

Este bosque de *Saint-Innocent* es un bosque que

avanza por medio de las ondas, en la parte
lancólica é inhabitada de su ribera, que
algunas rocas de granito pardusco, lavadas
espuma cuando el viento la levanta, secas
tes cuando las aguas bajan. Allí fué donde
tamos en dos piedras contiguas, y frente de
en la otra parte del lago, se alzaba en pir
abadía de Haute-Combe. Miramos una
mancha blanca que brillaba al pie de los
terrados del monasterio, y vimos era la
pescador, adonde las olas nos habian arroja
bos, para reunirnos eternamente por la
de este encuentro: ¡aquel era el aposento
había pasado aquella noche á la vez fúnebre
na, que había decidido de nuestras vidas
fué! me dijo extendiendo los brazos sobre
señalándome con el dedo el punto luminoso
visible en lontananza y en la sombra de
opuesta. ¿Habrà un lugar y un día, añadi
mente, en que la memoria de lo que ha pa
nosotros, allí, en horas inmortales, no se os
ca en la lontananza de vuestro porvenir, si
aquella pequeña mancha sobre el fondo
que vemos?»

No pude contestar á estas palabras; esta
esta duda, esta perspectiva abierta sobre la
sobre la inconstancia, sobre la posibilidad
me habían despedazado el corazón y lle
alma de presentimientos. Rompí á llorar
entre mis dedos las lágrimas, volviéndome
viento de la tarde para que las secase de
pero ella las vió y repuso tiernamente:

—«Rafael, no; jamás me olvidaréis; ¿es
conozco; pero el amor es corto y la vida
Largos años viviréis después que yo, y ago
naturaleza en todo lo que hay de dulce y am
los labios humanos; seréis hombre. Lo con
vuestra sensibilidad á la vez viril y femenina
hombre en toda la miseria y en toda la gran
ese nombre con que Dios ha llamado á una
más raras criaturas. ¡En una sola de vuestras

tenéis soplo para millares de vidas! ¡Vivi-
toda la extensión y energía de la palabra,
...»
prose un momento, y alzó los ojos y los bra-
cielo, bajando la cabeza como para darle gra-
«Yo he vivido... vivido bastante, repuso con
satisfecho, puesto que he respirado, para lle-
para siempre conmigo, el soplo de la única
que esperaba sobre la tierra, y que me vivifi-
en la misma muerte de que me ha sacado
aspiración!... ¡Moriré joven y moriré sin
hora, porque he agotado en un aliento esa
que no agotaréis vos antes que estos hermosos
que hayan vuelto blancos como esa espuma
vuestrós pies!...

«Este cielo, esta ribera, este lago, estas montañas,
el escenario de mi única verdadera vida en
«Cuando... ¡Juradme confundir en vuestra me-
este lago, este cielo, esta ribera y estas mon-
en mi recuerdo; que la imagen de este sitio
os sea de aquí en adelante inseparable de
esta imagen; que esta naturaleza en vuestros
en vuestro corazón, no seamos más que
«La cosa... á fin, añadió, que cuando volváis
de largos días á ver esta dulce y magnífica
«Luz, á errar bajo estos árboles, á sentaros
«Sobre estas olas, á oír estas brisas y estos murmu-
«Cuando volváis á ver y me oigáis tan presente, tan
«Tan amante como aquí!...»

«Cuando acabar y se deshizo en lágrimas. ¡Oh!
«¿Y cuán largo tiempo lloramos! El rumor de
«Los sollozos, sofocados en nuestras manos, se
««Cállala con los gemidos del agua sobre la arena.
««Las lágrimas formaban pequeñas arrugas en el
««La de agua durmiente que estaba á nuestros
««Después de veinte años no puedo recordar
««Sollozar!»

««Hombres! No os inquietéis por vuestros sen-
««No os temáis que el tiempo se los lleve. No
««Ni mañana en los poderosos recuerdos de la
««¡No hay más que siempre! ¡El que no sien-

te ya, no ha sentido nunca! Hay dos mem-
 memoria de los sentidos, que se gasta con-
 que deja perder las cosas perecederas; y la
 del alma, para quien el tiempo no existe, que
 á la vez en todos los puntos de lo pasado
 presente de su existencia: ¡facultad del alma
 ne, como el alma misma, la universalidad
 mortalidad del espíritu! Tranquilizaos vos-
 que amáis: el tiempo sólo tiene poder sobre
 ras, pero sobre las almas no tiene ninguno.

LVII

Pretendí hablar, pero no pude. Mis sollo-
 blaron, mis lágrimas juraron.

Al fin, nos levantamos para alcanzar á la
 ros, y dimos la vuelta por la extensa aveni-
 nos despojados, donde tan largo tiempo
 manos entre las suyas, durante el primer
 dimos juntos. Al atravesar el arrabal de
 precede á la puerta de la ciudad, y la plaza
 pendiente de Aix, semblantes tristes nos
 ban desde las ventanas y desde el umbral
 puertas, como las almas tiernas saludan al pa-
 golondrinas que se han retardado, y que van
 las últimas las almenas de los muros de una
 Las pobres mujeres se levantaban del banco
 dra donde hilaban, cerca de sus casas, lo
 abandonaban sus cabras y sus jumentos,
 llegaban á dirigir, éstos una mirada, aqué-
 palabra, los otros una inclinación muda, á
 dama y á aquel á quien todos creían su he-
 Era tan bella, tan graciosa para todos, tan
 todos, que se hubiera dicho que aquello era
 mo rayo de luz que se retiraba del valle;
 que un presentimiento fúnebre obligaba á
 campesinos á demostrar sus ternezas á su
 huésped.

Cuando estuvimos en lo alto de la ciudad

amos de las mulas, y despedimos á los niños. No
 viendo perder una hora de este último día, que
 no se apagaba sobre las nieves rosadas de los
 es, subimos lentamente y solos un camino áspe-
 que conduce á un jardín que hay sobre el terrado
 una linda casa, que se llama la casa *Chevalier*.
 te este terrado se esparcía la mirada con liber-
 sobre la población, sobre el lago, sobre las gar-
 ras del Ródano, y sobre los cuellos y cimas del
 de, del cual en este lugar, como la plataforma
 da en medio de un panorama. Allí permaneci-
 sentados sobre un tronco de árbol tendido en
 ra, y apoyados los codos sobre el parapeto, mu-
 é inmóviles, mirando todos aquellos lugares
 en el espacio de seis semanas habíamos llenado
 nuestras miradas, pasos, conversaciones, sueños
 espiros. Cuando estos sitios se fueron sucesiva-
 te apagando en el crepúsculo y en la sombra;
 do ya sólo quedó un poco de luz boreal en un
 del horizonte, ambos nos levantamos con
 salto y sin habernos concertado para ello, y
 mirando en vano atrás, como si una mano
 ble nos hubiera lanzado de aquel edén, cerrán-
 melmente tras de nuestros pasos aquella deco-
 ra de nuestra felicidad y de nuestros amores.

LVIII

Entramos en la casa. La noche fué triste: sin em-
 yo debía acompañar á Julia en su carruaje
 Lyon. Cuando la aguja de su pequeño reloj
 marcó las doce de la noche, salí para dejarla
 un poco hasta la mañana siguiente. Acom-
 me hacia la puerta que yo abrí.—«Hasta ma-
 le dije besando su mano, que me alargó en
 redor. Nada me contestó; pero le oí murmu-
 rando entre labios detrás de la puerta que
 aba yo de cerrar:—«¡No hay ya mañana para
 nosotros!»

Todavía las hubo, sin embargo, pero fueran sabio, un amante, un filósofo, un legislador
tas y amargas, como las últimas gotas de un insensato. Otra mujer habría hecho quizá bro-
vacuada. Salimos antes de amanecer para otra vida; pero se encuentra toda entera en un
bery, á fin de no mostrar en público nuestra care la primera mujer á quien amó. ¡Feliz el que
llas, descoloridas por el insomnio, y nuestro ese encontrado á Mme. de Warens antes de su
enrojecidos por las lágrimas. Pasamos allí enación! Era un ídolo adorable; pero ese ídolo
una pequeña posada del arrabal de Italia. no sido mancillado, y rebajaba él mismo el culto
posada, cuyas galerías de madera daban á un alma nueva y amorosa le tributaba. Los
atravesado por un riachuelo, nos hacía durar de aquel joven y de aquella joven son una
sion algunas horas más, recordándonos las una de Dafnis y Cloé, arrancada del libro y
la soledad y el silencio de nuestra deliciosa cada envuelta en cieno bajo los pies de una cor-
de Aix.

LIX

Antes de dejar á Chambery y su amado en donde el discípulo se gloriaba de descender
quisimos visitar juntos la casita de Juan trabajos más humillantes para servir á su
Rousseau y de Mme. de Warens, en las Charmettes en su protectora; los castaños diseminados,
Un paisaje no es más que un hombre ó una sombra se sentaban juntos para hablar, in-
¿Qué es Vaucluse sin Petrarca? ¿Qué es Solando de locas risas y de caricias infantiles
sin el Tasso? ¿Qué es la Sicilia sin Teócrito las festivas teologías; sus dos rostros tan en
es el Paracleto sin Eloísa? ¿Qué es Annecy omia con aquel paisaje, tan bien confundidos en
dame de Warens? ¿Qué es Chambery sin ella naturaleza salvaje, limitada y misteriosa
cobo Rousseau? ¡Cielo sin rayos, voces sino ellos; todo esto tiene para los poetas, para los
sitios sin almas! El hombre no presta sólo amos y para los amantes un atractivo oculto,
al hombre, sino á toda una naturaleza entera profundo, del cual no acierta uno á explicarse
consigo una inmortalidad al cielo, y deja n, ni aun cediendo á él. Para los poetas es
los sitios que ha consagrado. Buscando sus aquello la primera página de aquella alma, que
se las encuentra y se conversa con él. un poema; para los filósofos, es la cuna de una
Encontramos allí el tomo de *Las Confes* inación; para los amantes, el nido de un primer

que el poeta de las Charmettes describe aqu
campestre. Rousseau fué arrojado allí por los
ros naufragios de su destino, y recogido en el
una mujer joven, hermosa, de aventurera ví
fraga como él. Aquella mujer parecía habersi
da expresamente por la naturaleza de virtude
lidades, de sensibilidad y de licencia, de pie
independencia de ánimo, para cobijar la adre
cia de aquel genio extraño cuya alma cont
á las Charmettes. Estábamos solos. Los pastores

no importa, aquel fué el primer amor ó el pri-
delirio de aquel hermoso joven. El sitio en
nació ese amor; el emparrado bajo el cual hizo
eseau sus primeras declaraciones; el cuarto en
de se ruborizó de sus primeras emociones; el
en donde el discípulo se gloriaba de descender
trabajos más humillantes para servir á su
en su protectora; los castaños diseminados,
sombra se sentaban juntos para hablar, in-
de locas risas y de caricias infantiles
las festivas teologías; sus dos rostros tan en
con aquel paisaje, tan bien confundidos en
la naturaleza salvaje, limitada y misteriosa
ellos; todo esto tiene para los poetas, para los
y para los amantes un atractivo oculto,
profundo, del cual no acierta uno á explicarse
ni aun cediendo á él. Para los poetas es
aquella la primera página de aquella alma, que
es la cuna de una
de un primer

LX

habían abandonado los prados secos y los setos secos, en el piso superior, y una gran sala al nido. El sol brillaba á través de algunas nubes frías del suelo, sin más muebles que un retrato de Warens cuando era joven. Su gracioso y sus rayos más concentrados eran más ardientes que el fuego de Warens cuando era joven. Su gracioso los flancos abrigados del barranco. Los pitirreos, á través del polvo del ahumado lienzo, apataban casi bajo nuestras manos en los matorrales radiante de belleza, de ilusiones y de alegría. Nos parábamos de vez en cuando, y nos sentábamos sobre el ribazo del sendero al mediodía para leer á aquel muchacho errante en los caminos; si no ó dos páginas de *Las Confesiones*, é idénticas á las que él hubiera abierto su casa y su corazón, aquel genio con el sitio.

Parecíanos ver al joven vagabundo, cubierto de harapos, llamando á la puerta de Annecy, al encuentro se asemeja á una casualidad; pero de harapos, llamando á la puerta de Annecy, la predestinación de aquel grande hombre bajo tregando con rubor su carta de recomendación á una prima de un primer amante. Aquella mujer le bella reclusa en el sendero del desierto que él cultivó sus disposiciones, y le exaltó en la so- cía desde su casa á la iglesia. Presentábasele en la libertad y en el amor como aquellas tal fuerza á nuestra imaginación el joven y las de Oriente que preparan á los jóvenes seides reclusa, que se nos figuraba que nos estaban esperando por medio de placeres. Ella fué la que dando y que íbamos á verlos á la ventana ó en su imaginación meditabunda, su alma femepaseos del jardín en las Charmettes. Volvió su tierno acento y su pasión por la naturaleza. ponernos en seguida en camino para detenerse á comunicar su alma visionaria le dió el entu- vez. Aquel sitio nos atraía y rechazaba á la vez como de las mujeres, de los jóvenes, de los aman- como un sitio en donde el amor había sido el de los pobres, de los oprimidos y de los desgra- do y profanado también. No existía este mundo de su siglo. ¡Ella le dió el mundo, y él fué para nosotros, pues nuestro amor debía salir al mundo... ¡Ella le dió la gloria, y él le legó el opro- tan puro y tan divino como lo llevábamos en el mundo, pero la posteridad debe estarles reconocida y tras almas.

—«¡Oh! decía entre mí; si yo fuese Rousseau, ¿qué no hubiera hecho de mí esta otra obra tan odiosa acerca de su bienhechora, no era ya Warens, tan superior á la de las Charmettes como Rousseau, sino un pobre insensato. ¿Quién sabe si inferior soy yo, no en la sensibilidad, sino en la imaginación enfermiza y turbada, que le hacía al autor de las *Confesiones*.

Reflexionando de este modo, subíamos una montaña muy pendiente, en la que se veían diseminados algunos añejos nogales. Aquellos árboles parecían estar ligados esa sospecha, y desafío á cualquier hombre visto jugar á los dos amantes sobre sus raíces. ¿Qué razón á que reconstruya con verosimilitud el ca- derecha, en el punto en que se estrecha la garganta que Rousseau da á su amante con los elemen- como para cerrar enteramente el paso al camino de contradictorios que aglomera en aquella natura- un terraplén de piedras toscas y mal unidas de mujer. Uno de esos elementos excluye al ne la casa de Mme. de Warens, que es un pedregal. Si tenía bastante alma para adorar á Rousseau, cubo de piedras cenicientas con una puerta que daba al mismo tiempo á Claudio Anet: si llo- ventanas del lado del terraplén; otra puerta que daba á Claudio Anet y á Rousseau, no amaba al debeo peluquero: si era piadosa, no se gloriaría dos ventanas al lado del jardín; tres cuartos,

de sus debilidades, sino que las deploraría más tierna, bella y accesible, como Rousseau que en el gran filósofo. Si aparentaba devoción con semejante vida una mujer de cálculo é hipócrita; y si era un ser hipócrita no sería la mujer ingenua y franca.

Las Confesiones. Este retrato no es verdadero más que una cabeza y un corazón de capricho. todo eso hay un misterio, y ese misterio que más bien en la mano extraviada del pintor de la naturaleza de la mujer cuyos caracteres ce. No debemos ni acusar al pintor, que no ya en el cabal uso de su juicio, ni creer en el retrato, que desfigura una creación adorable haberla bosquejado.

En cuanto á mí, jamás he creído que Warens se reconociese en las páginas de la vejez de Rousseau. Siempre se me ha parecido á mi imaginación tal como se apareció al joven poeta: bella, sensible, tierna, piadosa de amor, y deseosa de confundir los nombres de madre y de amante en su necesidad de amar le hacía adoptar. Este verdadero retrato, tal como las personas ancianas de Chambery y de Annecy me han dicho haberlo bosquejar á sus padres. El alma misma de Rousseau se rebela contra sus acusaciones. ¿Dónde he querido aquella piedad sublime y tierna, melancolía femenil del corazón, aquellos nos y delicados de la sensibilidad, si una se los hubiese infiltrado en su corazón? No, ¿que ha creado á semejante hombre cortesana cínica, sino una Eloísa caída, el amor, no en la depravación. Apelo á joven y amante, de Rousseau viejo ceñudo, lumniaba á la naturaleza humana, cuando de ilusión á las Charmettes; busco á Mme.

más tierna y seductora á mis ojos y en mi corazón que en el gran filósofo.

LXI

Una pobre mujer nos encendió lumbré en el cuarto de Mme. de Warens. La jardinera, acostumbrada á las visitas de extranjeros y á sus conversaciones en la que fué estancia en los primeros años de su vida, continuó sus ocupaciones en la casa y en el patio, sin hacer alto en nosotros. Los días calientes se pasaban tranquilamente ó vagar con libertad por la sala al jardín y del jardín á las habitaciones. El jardín inundado de sol, rodeado de una pared que lo separa de las viñas, cuajado de legumbres, plantas parásitas, malvas y ortigas, me asemejaba á aquellos cementerios de aldea, donde los habitantes van los domingos á calentar al sol de invierno contra las paredes de la tumba de los muertos. Los pedregales arenosos en otro tiempo y ahora llenos de tiendulces nombres de madre y de amante, demostraban ante el abandono en que los dejaba la ausencia de aquel joven que le enviaba huéspedes. ¡Oh! ¡cuánto habríamos deseado abrir allí una huella del pie de Mme. de Warens en la época en que iba de árbol en árbol y de cepa en cepa, con cestillas en la mano, á coger pedregales ó uvas de la viña, loqueando con el vergel ó el confesor! ¡Pero no queda otro vestigio de aquellos tiempos en su casa que su nombre, su memoria, su imagen, el sol que han visto, el aire que han respirado por sus hálitos, sonoro con sus voces, nos iluminan con los mismos resplandores, las mismas rotaciones, los mismos ensueños y los mismos días con que encantaban su primavera! En el recogimiento, en la fisonomía pensativa en el silencio de Julia, que la impresión de un santuario de amor y de genio no la conmovía

menos que á mí. Hasta había momentos en que se apartaba de mí para recogerse en sus propios pensamientos como si temiese comunicármelos á mí, unas veces entrando en la casa para verme, otras veces saliendo al jardín y sentándose en el banco de piedra; otras veces parado, cuando iba yo á reunirme á ella en esos arrebatos sensuales que el bruto dilumbre. Al fin fui á buscarla debajo del emparrado de las últimas hojas amarillas de la parra; ella estaba próxima á desprenderse de su pámpano, y yo estaba próximo á desprenderme de mi corazón. ¿Por ventura pienso yo solo alguna vez que el sol la inundase y revistiese, por el sacrificio con este pensamiento? Qué, ¿gloria, virtud, sacrificios, nada pasa desapercibido para mí... la dije con un acento de tierna reconciación. ¿Por ventura pienso yo solo alguna vez que el sol me contestó, no me creeréis tal vez; pero me contestó, en que desearía ser Mme. de Warens para pasar una sola estación, aunque debiera ver pasar de mis días pasarse en el abandono, y mi mano en la vergüenza, como ella; aun cuando fuese ingrato y calumniador como Rousseau... ¿Qué feliz es! proseguí, paseando por el camino para nosotros.» Dimos algunas monedas á mirada, como si entreviese la imagen de la mujer y volvimos á tomar lentamente el singular que tanto envidiaba. ¡Qué feliz es! pudo sacrificarse por el que amaba!

—»¡Oh! qué ingratitud y qué profanación de nuestra misma y de nuestra felicidad, le respondí, ciéndola á pasos lentos hacia la casa sobre las secas que se deshacían bajo nuestros pies. ¿Dado á entender por ventura con una sola palabra siguiente, Julia salió para Lyon. Por la por una sola mirada, por un solo suspiro, quisiera vino á vernos á la posada. Yo le invité á se algo á mi triste pero completa felicidad conmigo á pasar algunas semanas en casa de vuestra angelical imaginación, no concebís padre. Estaba ésta sobre el camino de Lyon á segundo Rousseau (si la naturaleza hubiese los Salimos juntos, y habiendo buscado en dos) otra Mme. de Warens? ¿Una segunda mujer y volvimos á tomar lentamente el de Warens, joven, virginal, pura, amante y fiel de mi amiga hasta el punto en que debía na á la vez, dando su alma entera, su alma inaparrarnos, pudimos encontrarlo. ble é inmortal, en vez de sus atractivos perecederos de amanecer nos pusimos en marcha, y cóndosela á un hermano perdido y vuelto á ellos en silencio por los sinuosos desfiladeros de trar, joven, extraviado; errante también, colchoya que se abren en el puente de Beauvoissin, hijo del relojero; abriendo á este hermano, las llanuras pedregosas y monótonas del Del-

LXII

finado. En cada parada bajábamnos del carruaje al estribo del que nos precedía, y me acer-cáramos de la salud de la pobre enferma. ¡Ay! y siguien-do en invierno un largo camino, en-vuelta de las ruedas que la alejaba del manantial de los cuidados de dos sirvientes; sin saber si vida que ella había encontrado en Saboya en enferma, aislada en alguna posada, y llamán-dole en vano en el lecho de la muerte, me impidió facciones esa languidez y esa fiebre lenta que un solo momento de reposo. Yo no tenía habían admirado como la belleza de la mu-jer. El buen anciano que me había prestado los primera vez que la ví. y cinco luises había muerto durante mi au-

La proximidad del momento en que debía abandonar-la la oprimía visiblemente el dolor. Tomé mi reloj, una cadena de oro que me abandonarla la oprimía visiblemente el dolor. Entre la *Tour du Pin* y Lyon entramos en el carruaje, algunas alhajas, mis charreteras, mi sable, traerla en su carruaje, acompañándola algunas monedas de plata de mi uniforme, lo envolví todo guas. Yo la rogué que cantase el romance de mi capa, y me dirigí á casa del joyero de mi ma-nero escocés para que la oyese mi amigo, y quien me dió treinta y cinco luises por todas hizo por complacerme. Pero en la segunda noche de las prendas. Desde allí corrí á la posada donde que refiere la despedida de dos amantes, la acompaña Julia, é hice llamar á su conductor. Le dije midad de nuestra situación con la desesperación de París, pero que no quería que la señora lo teza de las notas de la balada, la conmovieron, temiendo que ella se opusiera. Le pedí in- modo, que rompió á llorar, deshaciéndose en lloras. Cubrióse la cara con un pañuelo de las ciudades y de las fondas en que debía mos con nosotros. Cubrióse la cara con un pañuelo de las ciudades y de las fondas en que debía gro que llevaba como un velo. Yo la ví llorarse y bajar, para yo detenerme en las mismas el chal durante mucho tiempo. En la última noche de las ciudades, aunque en distintas posadas. Recompensé le acometió un desmayo que duró hasta que se despertó. Acompañé a Julia, para adelantado su discreción. mos á la puerta de la fonda en que paramos y caballos de posta, y salí media hora después Lyon. Ayudamos á su doncella á llevarla á la casa de su padre, para haber visto marchar el carruaje en el cual iba y habiéndose repuesto durante la noche, continuamos al siguiente día nuestro camino.

LXIII

En Mácon debíamos separarnos definitivamente. Cada uno vino á contrariar la misteriosa vigilancia que ejercer sobre el destino de que la seguía. El Mi amigo y yo dimos algunas instrucciones al conductor advertía secretamente en las paradas la conductor. Apresuramos la despedida, temiendo la proximidad de un segundo carruaje, para cuyo ser- agravar su mal prolongando las emociones me despedía dos caballos, que yo encontraba prepa- sas, como se abre repentinamente una herida, que me despedía siempre. Y apresuraba ó detenía mi marcha, no oír el grito del dolor. Mi amigo partió como yo quería acercarme ó alejarme del primer ca- casa de mi padre, donde yo le había de seguir. Preguntaba á los postillones por la salud de casa de mi padre, donde yo le había de seguir. Preguntaba á los postillones por la salud de ven que conducían.

Apenas Luis hubo partido, cuando me hallé á lo alto de los montes, á lo lejos en las llanu-

LXIV

ras, divisaba el carruaje que corría en medio de la niebla ó á la luz del sol, llevando mi felicidad en el pensamiento se adelantaba al galope de los caballos se lanzaba al carruaje, y contemplaba á Julia desde la vista ni por el oído la distancia de los dos carruajes. Cuando yo cerraba los ojos para descansar mejor dentro de mí mismo, creía oír su respiración. Hoy mismo apenas puedo comprender cómo me bastaba imperio sobre mí para resistir, durante el viaje de ciento veinte leguas, al ímpetu interior que me precipitaba constantemente hacia aquel punto que me precipitaba constantemente hacia aquel punto, tras del cual corría sin querer alcanzarlo, y que en el momento del mismo estaba encerrada toda mi vida, mientras que mi cuerpo hecho ya insensible á la nieve y á la lluvia, seguía conmovido de vaivén, de escarcha en escarcha, sin tener conciencia de sus propios sufrimientos. Pero el temblor que causó á Julia una emoción inesperada que le pareció fatal, de renovar una escena de desgracia que él creía olvidada; la idea de velar, como una providencia que se le apareció, te, con un desinterés angelical, sobre su seguridad, fortalecía mi ánimo en mi resolución.

LXV

La primera vez paró ella en la gran fonda de Sens; yo en una posada del arrabal que estaba al otro lado. Antes de amanecer, los dos carruajes, una vez vista del otro, corrían otra vez sobre la extensa llanura ondulosa y blanca que marca el camino, á través de las llanuras parduscas y de los bosques de encina y de druídicas de la alta Borgofña. Nos detuvimos en la alta ciudad de Avallón; ella en el centro, yo en el extremo de las extremidades de la ciudad. El siguiente día corríamos hacia Sens. La nieve, amontonada por los vientos del norte alrededor de las elevadas llanuras de Lucy-le-Bois y de Vermaumont, caía en anchos copos medio derretidos sobre las montañas y sobre el camino, y ahogaba el ruido de las

ruedas. Distinguíase apenas el nebuloso horizonte á muy poca distancia, á través de esa polvareda de nieve que el viento levantaba en torbellinos sobre las campiñas vecinas. No podía apreciarse ni por la vista ni por el oído la distancia de los dos carruajes. De repente, delante de mí, y rozando con las espaldas de mis caballos, vi el coche de Julia detenido en medio del camino. El conductor, habiendo bajado de su asiento, estaba de pie sobre el estribo dando un grito de desesperación. Salté á tierra, volé á la parte trasera del carruaje por un impulso más fuerte que mi prudencia; me arrojé en el coche donde la doncella procuraba hacer volver en sí á su señora de un desmayo, causado por la fatiga y por el huracán, y una vez también por el estado de su alma. ¡Lo que me costó al sostener entre mis brazos aquella cabeza que se desvanecía en una hora de incompleta insensibilidad, cuando yo y temiendo á la vez que ella oyera y recordara la voz que la llamaba á la vida; mientras que el conductor iba á buscar fuego y agua caliente á las chozas, y la doncella, teniendo sobre sus hombros los helados pies de su señora, los frotaba con sus manos y los oprimía contra su pecho para mantenerlos, nadie puede comprenderlo ni decirlo, á no ser que no haya sentido en su corazón la lucha entre la vida y de la muerte!

Al fin, estos tiernos cuidados, la impresión de las manos de agua caliente traídas por el doctor, la de sus manos sobre las suyas, la de mi aliento sobre su frente, volvieron el calor á las extremidades. El calor que asomaba á sus mejillas y un largo suspiro que escapaba de sus labios me anunciaron que iba á volver de su desvanecimiento. Entonces me arrojé al carruaje al camino para no ser reconocido y abriera los ojos. Allí permanecí un momento al lado de las ruedas y un poco detrás con el rostro vuelto con la capa. Encargué á los criados el secreto de mi aparición y ellos me hicieron señas de que se fuera volviendo en sí. Yo oí su voz, que balbuceaba al despertarse como de un sueño, estas palabras:—«¡Oh, Rafael estuviese aquí! ¡Cree que era Rafael!» Me